

forzarán a los consumidores a aumentar la demanda de ellos para realizar las compras de petróleo, bien convertirán las otras divisas obtenidas en dólares en el mercado internacional, aumentando, en todo caso, el precio del dólar en términos de otras monedas, y más concretamente de las monedas europeas. Y es precisamente cuando Estados Unidos consiguen en 1973 obtener un superávit en su balanza de pagos por primera vez en veinte años (alrededor de 5.000 millones de dólares); esto es, cuando consiguen retirar dólares del mercado internacional, cuando la demanda de dólares aumenta espectacularmente.

La peseta

La peseta, apoyada por unas reservas de oro y divisas de unos 7.000 millones de dólares, se veía obligada a seguir a una moneda empujada al alza por unas circunstancias que le eran ajenas, en virtud de un compromiso firmado en unas condiciones que habían cambiado de una forma fundamental.

Porque los 3.000 millones de dólares que pueden costar las importaciones de petróleo españolas, no parece que vayan a ser compensadas substancialmente por inversiones árabes en España, por muchos esfuerzos que hagan nuestras misiones especiales; con lo que la peseta si se va a ver afectada por la elevación del precio del petróleo, al menos y de una manera clara, con respecto al dólar. Tanto más cuanto las previsiones respecto al signo de la balanza de pagos española en 1974, al margen de la subida del precio del petróleo, serían inciertas aun hechas con optimismo, debido a que la probable recesión europea significa un descenso en nuestras exportaciones, en los ingresos de turismo y en las remesas de emigrantes.

Por otra parte, el compromiso de mantener la paridad con respecto al dólar dentro de ciertos márgenes tenía poco sentido cuando otros países con los que España mantiene estrechas relaciones económicas estaban ya flotando su tipo de cambios. Entre ellos, países como Inglaterra, Italia y Francia, que estaban comprometidos por motivaciones más importantes que las que ligaban la peseta al dólar; concretamente, por la de mantener una política monetaria coordinada tendente a la creación de una unidad monetaria en el Mercado Común.

En estas circunstancias, seguir

al dólar hubiera sido como seguir a un tren en marcha agarrado al estribo sin saber a qué velocidad va a ir, pero suponiendo que, en todo caso, va a correr más que nosotros. De hecho, los días anteriores al 22, el Banco de España se había visto forzado a vender dólares (comprar pesetas) a fin de mantener el cambio por debajo de las 59,3 pesetas por dólar. Digamos que el tren estaba ya en marcha y que la peseta iba, como mínimo, al trote.

Cierto que las reservas de oro y divisas españolas parecen bastante más holgadas, dado el volumen de nuestra balanza de pagos básica (comercio, servicios-turismo y movimientos de capital a largo plazo) y su evolución de los últimos años, pero las previsiones de futuro se están haciendo cada vez más difíciles. Cambios fundamentales se producen con gran rapidez, y la información con respecto a los mercados se hace irrelevante por cambios bruscos en variables políticas. En estas circunstancias, comprometerse a mantener un tipo de cambio significa obedecer normas rígidas en un mundo cambiante. Por el contrario, dejar flotar la peseta permite a las autoridades monetarias españolas revisar su comportamiento día a día, de acuerdo con unos acontecimientos cuya anticipación es más propia de la adivinación que de la previsión política. La flotación, por tanto, no significa que las autoridades monetarias renuncien necesariamente a mantener el valor de la peseta a un determinado nivel, sino simplemente poder elegir cuál debe ser éste. Dicho de otra manera: mantener el tipo de cambio en un nivel superior al que exigiera una balanza de pagos equilibrada supondría un déficit de la misma y un descenso del volumen de reservas. Por tanto, éstas pueden disminuir si es conveniente, o las circunstancias lo exigen como mal menor, pero existirá un margen de decisión respecto al momento y ritmo de su descenso que no existía con el compromiso anterior. De momento, parece que el descenso del valor de la peseta se estabilizará alrededor de un 5 por 100 respecto al dólar y que mantendrá sus valores actuales con respecto a las monedas europeas, tomadas en conjunto. Esto significaría una devaluación efectiva para el volumen total de importaciones de alrededor de un 1 por 100 si no interviene el Banco de España. Pero las consecuencias internas de la flotación merecen un comentario independiente. ■ MANUEL GALA.

Eché una peseta al agua. ¡Flotó! ¿Cómo podría desobedecer al señor Barrera de Irimo? La peseta flota. ¿O fluctúa? Decididos a no explicar bien lo que pasa, los especialistas ni siquiera se deciden a elegir uno de los dos verbos. Suponen que son sinónimos. Y hacen mal.

Flotar es conservar el equilibrio en un líquido; fluctuar es agitarse con el movimiento de las olas, con la posibilidad de ser anegado por ellas, "estar a punto de arruinarse o perderse una cosa", vacilar, dudar. "Fluctuat nec mergitur!". Hay matices. Yo, si no me lo explican bien, no sé decidirme por un verbo. Ni sé bien lo que pasa. Desconozco las costumbres de las pesetas. Últimamente no las frecuento mucho. Están raras. Me dicen que lo que sucede es que a partir de ahora la peseta subirá o bajará según su propio valor real, que no estará protegida por el gobierno, por sus mecanismos, por sus reservas. La peseta será, simplemente, lo que es.

Me pregunto si esta decisión obedecerá a una filosofía general. No económica, sino política. Cultural, social. Se habla mucho de cambio en estos días. Viento de cambios, tiempo de cambio. Es un término eminentemente financiero. Si en las finanzas el cambio es ahora flotante, ¿lo va a ser también en la vida? Personas, obras y cosas, ¿van a subir y bajar según su propio valor, su densidad, su peso específico, sus méritos? ¿No va a utilizar ahora el gobierno sus reservas, sus fuerzas o sus poderes, para mantener el valor de ciertas personas, o ideas, o cosas en una línea de flotación por encima de otras, a las que el mecanismo no va a dejar emerger? ¿No va a utilizar el proteccionismo?

Se asegura que así, en efecto, va a ser. ¿Quiénes lo dicen? Los que emergen. Los que se sumergen, callan. Si hablan, apenas se oye la voz bajo el líquido político: "¡glu, glu, glu!". Su fluctuación fue desafortunada, y naufragaron. Algunos nadan aún con cierto desespero. El cambio de personas ha sido masivo, como se dice en el neocastellano; multitudinario, en el antiguo. Esta multitud que llega ahora al poder y besa la moqueta del despacho como quien al llegar extenuado a la costa besa la tierra salvadora, ¿a qué viene? ¿Quiénes son estos nombres

Los
Contem
pora
neos

METAFORA DE LA PESETA

que se incorporan, muchos de ellos desconocidos para el hombre —yo— de la calle? Es una derecha joven, sólida, fuerte. Una derecha conservadora. ¿Conservadora de qué? De lo mismo que la otra derecha. Los principios, ya se sabe, son los principios. Pero, me dicen, por

otras vías. Con otras maneras, con otro comportamiento. Se ha dicho y escrito que con otro talento. Es una palabra de la nueva moda. La utilizó hace ya algún tiempo un ministro que ahora lo es (y, sin embargo, emerge: "fluctuat nec mergitur") y la difundieron sus circunstancias. Talante, en política, es una palabra que puede ser muy desagradable. Significa la disposición de ánimo del que manda, es un valor personal y finalmente no significa nada. Puede ser buen talante o mal talante. Su valor inconsciente es que está muy cerca de la palabra talento, y puede ser fácilmente confundida.

Esta derecha joven y firme ha puesto a flotar la peseta. Se espera que ponga a flotar las ideas, los hombres, los conceptos. Es su vía hacia el conservadurismo. Me dicen que hay ya filas de aspirantes a la integración en las puertas de los despachos oficiales. Muchos están incluso dispuestos a tener la famosa conciencia amarga de Buero Vallejo a cambio de estrenar o de ser académicos, o dirigir algo o mandar algo. "Sobre mi conciencia, todo; sobre mis espaldas, nada", dicen que decía César González Ruano. Dos personajes no homologables, Buero y Ruano. Lo que sucede es que los integrables de vocación quizá no tengan tanta densidad de conciencia como Buero y les sea menos amargo este acibar, menos picante ese prurito. ¿Serán escuchados? En realidad, la forma más leal y más válida para la integración de alguien consiste en no integrarle: basta, simplemente, con no desintegrarle. Con dejarle su libertad de flotación. Como a la peseta o como a Buero Vallejo. La cultura, la sociedad, la política, la vida, el trabajo, la dignidad humana, las ideas, merecen sin duda el mismo trato que la peseta: que se les deje flotantes.

Es la naturaleza del desafío con que se encuentra la joven derecha que accede, multitudinariamente, al poder.

POZUELO